

**CULTURA DELLA GUERRA E ARTI DELLA PACE. IL III
DUCA DI OSUNA IN SICILIA E A NAPOLI (1611-1620).
Sánchez García, Encarnación (Dir.). Napoli, Tullio Pironti
Editore, 2012**

[Reseña]

En la España de los Felipes hubo personalidades que ya en vida se convirtieron para su sociedad en referentes de una fama de enorme nombradía, sustentada en sus logros militares; fueron los casos, por muestra, de don Juan de Austria, del Duque de Alba o del de Osuna. En efecto, sin duda uno de estos perfiles fue el del III Duque de Osuna, don Pedro Téllez-Girón (1574-1624). Como se sabe, tras su destacado paso por Flandes, fue capitán general, virrey de Sicilia (1610-1616) y luego de Nápoles (1616-1620). Armó una gran flota corsaria con enorme costa suya –era la segunda fortuna nobiliaria tras Medina-Sidonia–, la mayor existente entonces en el Mediterráneo, para frenar a turcos y venecianos. Y su estilo decidido, incluso audaz, le granjeó tanta admiración como enemigos. Dio lugar a la célebre conjura de Venecia, de 1618, y ocupó un papel tan protagónico entre los hombres fuertes del reinado de Felipe III que, al acceder al valimiento Olivares, cayó en desgracia de don Gaspar, necesitado de hombres nuevos más dúctiles y leales a su persona. Sus coetáneos cantaron su espíritu, caso de Cervantes en el *Quijote*, donde se subraya lo grande que era pese a su baja estatura (I, 21); ya en vida era llamado «el Grande Osuna» o «el Gran Duque».

En los últimos años se ha visto revisada su figura desde nuevos prismas, los de un modernismo que ha avanzado mucho en los presupuestos de la biografía política y cortesana, muy revalorizada desde los años noventa. Pero la monografía que volvió a poner al duque en primera fila editorial no vino de la mano de un historiador modernista profesional, sino de un notable economista, el hoy gobernador del Banco de España, Luis María Linde de Castro, *Don Pedro Girón, duque de Osuna. La hegemonía española en Europa a comienzos del siglo XVII* (Madrid, Ediciones Encuentro, 2005), un autor que reaparece en el volumen que ahora comentamos.

Don Pedro Téllez Girón fue pronto objeto de lógica atención, primero panegírica, a cargo de su confidente y leal Quevedo, con sus *Dichos y hechos del duque de Osuna*, texto hoy inédito en un archivo privado. Luego vino la atención historiográfica, recordemos la *Vita* de Gregorio Leti, nada menos que en tres volúmenes (Amsterdam, 1699), reeditada en los años siguientes con éxito, aunque con algunos puntos discutibles por indemostrables. Ya el mismo don Pedro vio hacia 1610 lo conveniente que era dejar a su heredero, el marqués de Penafiel, una semblanza sobre su trayectoria y la de sus antepasados, en manuscrito hoy conservado en la BNE (ms. 2.984: *La sombra de las heroycas hazañas...*, a cargo de su capellán, Jaime Saporiti). Protagonizó el duque incluso comedias teatrales, caso de una de las de Cristóbal de Monroy y Silva, *Las mocedades del duque de Osuna*, un título que no oculta la deuda con la obra de Guillén de Castro sobre nada menos que el Cid. Pero tras estos testimonios de época y la aportación de Leti, decayó la sombra de su figura. En el siglo XIX le recuperan para la historiografía Aureliano Fernández Guerra, en su discurso de ingreso en la Real Academia de la Historia, en 1858 (*La conjuración de Venecia de 1618...*), y, sobre todo, un gran historiador de la marina española, Cesáreo Fernández Duro, que le dedica

Avisos. Noticias de la Real Biblioteca, XVIII, 68 (septiembre-diciembre, 2012)

casi quinientas páginas en su *El Gran Duque de Osuna y su marina. Jornadas contra turcos y venecianos (1602-1624)*, [Madrid, 1885], reeditada en Sevilla el año 2006. Frente a estos trabajos eruditos, el peso de su leyenda hizo que en el siglo XX se le mitificara mediante un populismo historiográfico con ribetes novelescos, caso de los libros de Luis de Armiñán Odriozola (*El Gran Duque de Osuna*, Madrid, 1948) o Emilio Beladiez (*Osuna el Grande. El Duque de las empresas*, Madrid, 1954), en tiempos dados a nostalgias imperiales, aunque el título de Beladiez se reeditó en 1996.

Tras la contribución de Linde en 2005, realmente era pertinente que su aproximación confluyera con la de modernistas que venían trabajando sobre él o tenían algún nuevo enfoque que aportar a los perfiles ya ensayados de Osuna, por lo que se gestó este volumen misceláneo. Compuesto por treinta y seis textos, ha sido editado en Nápoles gracias al impulso de las Universidades de Palermo y a la napolitana L'Orientale, en conmemoración del cuarto centenario del nombramiento de don Pedro como virrey de Sicilia, dando inicio a su ejecutoria italiana como gobernante. El volumen ha sido dirigido por Encarnación Sánchez García, profesora de literatura española en la universidad napolitana, y Maria Caterina Ruta, homóloga en la de Palermo, aunque solo figure la primera en la cubierta anterior. Realmente es un notable esfuerzo el realizado pues el resultado así lo muestra: 740 páginas en tamaño cuarto que incluyen un completo índice onomástico, detalladas notas al fin de cada texto y numerosas ilustraciones en color.

La introducción la firma Sánchez García, que se ocupa de la herencia cultural del duque. A pesar de ser hombre de armas sabemos por Leti que sacaba una hora al día para leer a sus autores favoritos, especialmente a Maquiavelo y Tácito, tan influyentes en el pensamiento político europeo contemporáneo de Osuna.

El libro consta de cuatro bloques variables en su extensión y número de contribuciones. Se abre con un texto sobre su Casa en el que Ledesma Gámez subraya la condición de Osuna de virrey pendiente de sus cometidos, pero de señor ausente de sus estados, lo cual tuvo sus consecuencias. Linde se ocupa de la documentación existente en general sobre la Casa; del fondo Osuna del Archivo Histórico Nacional se ocupa Tobar. Solo estos tres textos, de treinta y seis que completan el volumen, alcanzan las 122 páginas, prueba de la magnitud del volumen.

El segundo bloque se forma con cinco aportaciones sobre Osuna como virrey, tanto en Sicilia como en Nápoles. Bunes trata de la amenaza turca con respecto a Sicilia y cómo actúa don Pedro. Giuffrè se centra en aspectos arquitectónicos de la ciudad de Palermo en su época de virrey. Kumrular ofrece una visión más amplia sobre el Turco pues contempla la realidad otomana en el conjunto mediterráneo. Giovanni Muto coteja y analiza los dos estilos de gobierno que ejercieron Lemos y Osuna en aquella época del tercer Felipe, aproximación especialmente interesante pues le antecedió Lemos en el virreinato napolitano y además ha sido objeto de reciente y minuciosa atención historiográfica, entre la que cabe destacar el libro de Isabel Enciso, *Nobleza, Poder y Mecenazgo en tiempos de Felipe III. Nápoles y el Conde de Lemos* [Madrid, 2007]. Prueba de la relevancia de Osuna como virrey es que en Sicilia hubo seis virreyes desde 1598 a 1611, año en el que empieza su gobierno, y logra mantenerse un lustro, dotando de estabilidad a la estratégica isla. Bruno Pomara se centra, así, en el virreinato siciliano y su gobierno. Tenía el Gran Duque especial relación con la realidad italiana pues de

Avisos. Noticias de la Real Biblioteca, XVIII, 68 (septiembre-diciembre, 2012)

pequeño estuvo en Nápoles acompañando a su abuelo, el I duque, que fue virrey entre 1582 y 1586.

Un amplio tercer bloque se ocupa de «la cultura de la guerra y de las artes de la paz en don Pedro como virrey. Aborda Fernando Bouza la rica realidad cortesana de Nápoles en tiempos de Osuna, sus aspectos festejantes, sus buffoni y otros elementos, a través de los asientos de pagos del tesorero Igún de la Lana o Laña. Siguen a la de Bouza trece contribuciones, que no detallamos individualmente, pero entre las que destacamos la de Fernández-Cortés sobre la música en la cultura festiva napolitana de entonces, la de López Poza sobre el uso que hacía el duque de las relaciones de sucesos, la de Pastena sobre la tipografía palermitana de entonces o la de Rascaglia sobre Campanella y la Nápoles de Osuna.

El siguiente bloque, cuyo tema es la literatura y sus relaciones con la figura del duque, es igualmente amplio e incluye doce textos. Le da inicio una aproximación de Arredondo sobre las imágenes literarias que ofrecía la actuación ducal. Armenteros trata de Quevedo, -que no podía estar ausente en una obra de este aliento sobre Osuna-, y sus autógrafos. Por cierto, en la Real Biblioteca se halla un ejemplar perteneciente a su biblioteca, con su firma al pie de la portada [I/D/40, Vasconcellos, Antonio, *Anacephalaeosis*. Amberes, 1621], que se recoge en nuestra base de datos de exlibris. En este bloque vuelve a estar presente Quevedo, con un par de aproximaciones generales y una específica sobre don Francisco y Osuna, a cargo de Vaíllo. Destacamos además el texto de Giuseppe Mazzochi, que analiza la biografía de Leti; también la contribución de Morabito, que trata de las citadas *Mocedades* de Monroy, y el de Maria Grazia Profeti, sobre las menciones al duque en obras de Lope de Vega. Por último, fuera del bloque, Alma Serena Lucianelli glosa la exposición *Scrittura e stampa a Napoli ai tempi di Pedro Téllez-Girón*, que tuvo lugar en la Biblioteca Nazionale di Napoli entre el 8 y el 18 de octubre de 2010.

A pesar del alto número de aportaciones tal vez se eche en falta alguna materia no tratada. En lo político, está ausente la conjura veneciana y también hubiese sido interesante algún otro acercamiento a su paso de don Pedro por los Países Bajos, cuando se forja la leyenda militar de Osuna, pero época en la que mantuvo una fluctuante relación con el Archiduque Alberto digna de análisis. Por otra parte, cuando está tan presente la perspectiva culturalista, se hubiera agradecido un texto sobre la formación en letras del duque, tan sólida aunque oscurecida por sus glorias militares. Sus jugosos memoriales tenían con frecuencia una base intelectual de concepto que venía dada por su rica biblioteca y el uso que hacía de ella. Estudió en Salamanca y tuvo en su adolescencia a un hábil preceptor, Andrea Savone, que le enseñó bien diversas disciplinas relevantes, además del italiano y del latín. De ambas lenguas consta que tenía altísimo dominio, como demostró en el gobierno virreinal y en el viaje a Inglaterra en 1604 para acompañar a su tío, el Condestable. Se sabe que Jacobo I quedó encantado de su conversar latino, cimentado en esas lecturas adolescentes de Erasmo y de otros grandes humanistas. Este perfil intelectual ha quedado postergado tal vez con demasiada frecuencia, víctima del dominio de su imagen de hombre de acción. No obstante, el presente volumen tiene peso historiográfico y sin duda es ya una referencia ineludible para los que, años adelante, quieran asomarse al eficaz y orgulloso III Duque de Osuna.

La Real Biblioteca, que cuenta como se sabe entre sus fondos con el amplio epistolario del I Conde de Gondomar, embajador de Su Majestad Católica ante Jacobo I de

Avisos. Noticias de la Real Biblioteca, XVIII, 68 (septiembre-diciembre, 2012)

Inglaterra y estricto coetáneo de don Pedro, posee lógicamente muchas menciones y documentos del duque en dicho fondo epistolográfico. Destacamos únicamente tres: la carta autógrafa de Quevedo de 1619 sobre dinero que iba a enviar el duque a Nápoles [II/4038, doc. 10], editada en Avisos [núm. 22, julio-septiembre de 2000]; la carta del cardenal de Borja y Velasco de mayo de 1617 a Gondomar sobre el temor de los venecianos a la flota de Osuna [II/2161, doc. 35] y una copia impresa del memorial que el propio don Pedro entregó a Su Majestad en Lisboa, en julio de 1619, sobre su gobierno en Sicilia [III/6464, doc. 2].

El 28 de marzo de 1620, don Pedro Tellez Girón dejaba el virreinato napolitano y se daba paso a su caída, potenciada por parte de la propia nobleza napolitana -menoscabada por el duque en sus intereses-, y por el ascenso de Baltasar de Zúñiga y de su sobrino Olivares. Unos y otros lograron que el infame Quevedo pudiera escribir el célebre verso «diéronle muerte y cárcel las Españas». Era el año de 1624.

Avisos. Noticias de la Real Biblioteca, XVIII, 68 (septiembre-diciembre, 2012)